

Josep Miró i Ardèvol

# Por la legalidad catalana

Sólo los fanáticos defienden que esto es un Estado de derecho". Esta frase del presidente Puigdemont revela cómo ha evolucionado la ideología del proceso desde sus inicios. Es el propio presidente de todos los catalanes, aunque no haya sido elegido por ellos, quien identifica como fanáticos a la mayoría de sus compatriotas, condición que comparten con los europeos, dado que ni estos ni sus instituciones, particularmente celosas con el sistema democrático, han manifestado la más mínima duda sobre España.

Constató con preocupación cómo una parte —no toda, por fortuna— del independentismo catalán, con Puigdemont a la cabeza, ha evolucionado hacia la dialéctica del "amigo-enemigo". Ellos proclaman que ya no existen adversarios políticos, sólo enemigos a los que criminalizan como fanáticos. En estas condiciones el proceso ya no es patriótico, al menos no en los términos que hacen que MacIntyre defina este sentimiento como una virtud. Ha mutado hacia una ideología basada en la intolerancia y el supremacismo, y eso es incubar un huevo destructivo para este país. Con esta mentalidad hunden, por desesperación e impotencia, un proceso que tuvo en su arranque la idea de "un sol poble" como horizonte de sentido.

El proceso moralmente puede romper con la legalidad española que da lugar a un enfrentamiento que no comparto por dos razones. Una, la de haber relativizado el principio de legalidad, como apuntaba el letrado mayor del Parlament, Antoni Bayona, en un reciente artículo en *La Revista Catalana de Dret Públic*. Es un camino que cuando se empieza no tiene fin, y es precisamente la memoria histórica de la Generalitat la que aconseja no seguirlo, porque cuando cada fracción política juzga lo que se debe obedecer y lo que no, la democracia parlamentaria desaparece. La segunda de mis razones se basa en la evidencia de que una ruptura de este tipo, la independencia contra la voluntad del Estado, es, en términos objetivos, una revolución, y no es necesario ser un leninista empedernido para constatar que no se dan ninguna de las tres condiciones necesarias para que se produzca una transformación tan radical: que al Estado le sea imposible gobernar Catalunya, que se haya intensificado la lucha popular y que se esté produciendo un empobrecimiento extremo de la situación social. No existen las condiciones para que una legalidad, la revolucionaria, se imponga a la del "viejo régimen", ni la correlación de fuerzas adecuada que se expresa en el control de los centros decisivos y en la lucha popular en la calle; desarmada pero lucha.

Pero ya he dicho que bajo mi punto de vista el proceso puede moralmente romper con la legalidad española, pero lo que para mí es inaceptable y reprobable es que lo haga rompiendo con nuestra legalidad catalana, determinada por el Estatut d'Autonomia en todo aquello refrendado por los catalanes y que se mantiene en vigor, así como en la práctica consuetudinaria de nuestro Parlamento. El proceso rompe con nuestra legalidad en tres cuestiones decisivas. Deroga el Estatut d'Autonomia sin la mayoría de las tres quintas partes de los diputados que el propio Estatut

que rigen el juego parlamentario permiten en todos los casos algo tan alejado de la democracia y de la mentalidad política catalana como la dictadura de la mayoría.

Y una última observación sobre cómo vulneran nuestra legalidad nacional. Por dos veces el Consell de Garanties Estatutàries ha resuelto en términos contrarios sobre aspectos concretos del referéndum. Puigdemont ha rechazado el dictamen en ambas ocasiones porque su naturaleza no es vinculante. Y ciertamente no lo es, pero tiene esta condición porque el Tribunal Constitucional lo



DAVID RAMOS / GETTY

## Es inaceptable que el proceso rompa la legalidad catalana determinada por el Estatut y la práctica del Parlament

establece para todo cambio. Pretende celebrar un referéndum cuyas reglas aprobadas por mayoría simple están lejos de la mayoría cualificada que el propio Estatut determina para acordar el sistema electoral. Finalmente, liquida la práctica de nuestro Parlament, desde su restauración, de aprobar los cambios en su reglamento por consenso o por un amplio acuerdo. Esto es vital, porque las elecciones sirven de poco si después las normas

modificó en este sentido, pero el texto aprobado por los catalanes establecía que sí era vinculante. Puigdemont usa la legalidad española cuando le interesa para invalidar la legalidad catalana.

Todo esto muestra una arbitrariedad peligrosa y excluyente, porque en ella subyace la idea de que el poder puede hacer lo que quiera si sirve a sus fines. Pelear contra uno más grande tiene siempre el riesgo de incurrir en esta degradación, pero es la conciencia de cada cual la que acepta o rechaza dejarse llevar por ella.

No son sólo los "unionistas" quienes impugnan este final del proceso, sino también los que queremos la plenitud catalana a partir de las normas y el legado que nosotros mismos hemos decidido, y que no renunciamos a desarrollar con el apoyo de la gran mayoría de nuestros compatriotas.●

Sergi Pàmies



## El saqueo carroñero

La manifestación de esta tarde es una oportunidad para muchas cosas, pero, en principio, pretende ser la respuesta de los demócratas contra el terror. A partir de este mínimo denominador común, cada uno puede añadir reivindicaciones particulares que no deberían interferir en la voluntad de unanimidad y legítima defensa. Quizás han pasado demasiados días desde las matanzas de la Rambla y Cambrils para que el impacto imponga un respeto mineral y sin fisuras. Pero, diez días más tarde, los que estaban de vacaciones han vuelto. Y algunos lo han hecho con ansia retrospectiva y el interés partidista de imponer debates inoportunamente oportunistas. En la práctica, y sin demasiados escrúpulos, han actuado con la misma abyecta intuición que los barceloneses (tenemos de todo) que aprovecharon la confusión y el pánico del atentado para saquear los puestos de la Boqueria.

Esperar tantos días puede haber fortalecido el poder de convocatoria, pero también ha debilitado la idea de unidad. O, para ser más exactos: ha multiplicado la fragmentación del mensaje y la contundencia cívica del silencio y la rabia. Haciendo una encuesta de aficionado, me tropiezo con manifestantes partidarios de subrayar el combate contra el peligro de la islamofobia, defensores de manifestar su republicanismismo aprovechando la presencia de

## Iremos a la manifestación por respeto a las víctimas y por rabia contra los asesinos

Felipe VI y soberanistas que llevarán la estelada como respuesta contra determinada catalanofobia carroñera de estos días. El resto, heterogéneo demasiado de indecisos, iremos por respeto a las víctimas, por rabia contra los asesinos (*victimarios*, oí que les llamaban el otro día practicando esta mortificación pseudoprogre que socializa la culpa y empatiza con el hipotético marco mental de los culpables), porque la libertad está amenazada y porque la política, sobre todo en democracias en vías de corrupción como la nuestra, necesita la simbología de gestos irrefutables. Gestos para resistirse al empobrecimiento impuesto por el intercambio de flatulencias declarativas o de vanidades mediáticas gangrenosas.

Cuanto más sólida sea la respuesta, más difícil será la manipulación. Y más intensa será la necesidad de respetar la diversidad de opiniones sobre qué ocurrió el 17-A. Los debates posteriores a las tragedias no siempre están a la altura de la maldad de quienes las provocan. Pasó después del atentado de Hipercor y del 11-M, y ahora volvemos a contaminar el potencial pedagógico con el veneno del protagonismo y del posturo de la consternación, que tanto pervierte la reacción contra la muerte y la violencia impuestas. ¿Razones para ir a la manifestación? Elke Vanbockrijck, Jared Tucker, Luca Russo, Bruno Gulotta, Francisco López, Xavi Martínez, Ian Moore Wilson, Ana María Suárez, Silvina Alejandra Pereyra, Carmen Lopardo, Pepita Codina, Julian Cadman, Pau Pérez y dos mujeres portuguesas de quienes no se ha hecho pública la identidad.●

Remei Margarit

# Perversión

Diecisiete a veinticuatro años, esta es la edad que tenían los terroristas que segaron vidas en la Rambla de Barcelona y que desde hacía un año —según los Mossos— estaban preparando el atentado en un chalet de Alcanar que les explotó encima y donde murieron dos de ellos. Y más allá del dolor de las víctimas y sus familias, es necesario hacerse preguntas. ¿Cómo es que unos hombres tan jóvenes se han pervertido de tal manera que se convierten en asesinos, sabiendo que ellos también morirán? ¿Y por qué clase de entrenamientos pasan y dirigidos por quién? ¿Y qué clase de familia tienen para engendrar tanto odio y querer hacer tanto daño? ¿Qué tipo de educación han recibido, por ejemplo,

algunos, en un pueblo tan pequeño como Ripoll? ¿Los maestros no supieron ver por dónde iban? ¿Y quién vigila a los imanes que predicán barbaridades? Y en nombre de un equivocado respeto por unas costumbres que no respetan los derechos humanos, ¿qué papel tiene la asistencia social?

Ya es sabido que los adolescentes quieren hacer su propia vida enfrentándose a sus padres, pero hay matices importantes: si los padres los han amado de verdad y los valoran, difícilmente cruzarán la línea de la criminalidad. El joven que ha tenido el afecto sincero de su familia no destruye a la familia humana. Siempre hay casos de personas conflictivas, pero para eso existen los servicios sociales, para estar alerta e intervenir si es necesario.

En este país tenemos una de las mejores

policías del mundo, efectivos, inteligentes y trabajadores sin alharacas. Pero antes de llegar a su intervención, los jóvenes deberían tener tutorías sociales o algo parecido para que puedan estar alerta ante lo que se van encontrando y cómo gestionarlo para no hacerse daño; en otras palabras, para que no caigan en las manos de perversores sociales que les prometen un cielo fantasmagórico si mueren matando.

Y a estos miserables que mandan a la muerte a los jóvenes mientras matan a sus prójimos se les ha de perseguir sin tregua porque son individuos desalmados que tan sólo buscan un estremecedor sentimiento de poder al contemplar el resultado de sus psicopáticas mentes; ese tipo de personal no tiene cura, de manera que no puede vivir entre los demás porque seguiría haciendo daño.●